

Historia

DE IBERIA VIEJA

ISSN 1699-7913
www.historiadeiberiavieja.com
redaccion@historiadeiberiavieja.com

Director: Bruno Cardeñosa
Redactor jefe: Alberto de Frutos
Redacción: Javier Martín García
Dirección de arte y maquetación: Eugenio Sánchez Silvela
Asesor del director de arte: Ignacio Docampo
Asesor editorial: Lorenzo Fernández
Fotografía: Shutterstock, Thinkstock, Javier G^o Blanco

Redacción y publicidad
Josefa Valcárcel, 42 3^o pl 28027 Madrid
Tel.: 91 423 03 90

Directora comercial: Verónica Lourido • vlourido@prismapublicaciones.com
Jefa de publicidad: Pilar Pérez • pperez@prismapublicaciones.com
Coordinadora: Mamen Álvarez • malvarez@prismapublicaciones.com

Suscripciones:
Apartado de correos fd:1
19171 Cabanillas del Campo - Guadalajara
Tel.: 902 540 000 - Fax: 902 540 060
email: suscripciones@historiadeiberiavieja.com

Venta de números atrasados:
c/ Josefa Valcárcel, 42 3^o pl. 28027 Madrid
Tel.: 902 540 000 - Fax: 902 540 060

Imprenta: Litofinter
Distribución



SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
Avda. Valdelaparra, 29
Polig. Ind. Alcobendas - 28108 Madrid
TEL: 91 657 69 00

Depósito legal: M-37631-2012
Printed in Spain

HISTORIA DE IBERIA VIEJA es una marca registrada de editorial América Ibérica, S.A., empresa domiciliada en Madrid, c/ Miguel Yuste, 33 bis. Copyright ©2008

HISTORIA DE IBERIA VIEJA está editada y publicada por:
Prisma Publicaciones S.L. 2002
Producción: Planeta Innovación



ARI Asociación de Revistas de Información **Solicitado OJD**

Esta revista ha recibido una subvención de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas, centros culturales y universidades de España, para la totalidad de los números editados en el año.

HISTORIA DE IBERIA VIEJA no es responsable de las opiniones y artículos realizados por los colaboradores y publicadas en la presente edición de la revista. Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de cualquier información gráfica o escrita sin autorización escrita por Historia de Iberia Vieja.

115

Tierra de genios

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL, con permiso de otros grandes genios que quizá también se merecerían todas las loas posibles, es nuestro hombre de ciencia más relevante de la historia. No sólo ganó el Premio Nobel, sino que gracias a sus descubrimientos se convirtió en el precursor de muchos avances en el campo de la neurología. En este número publicamos un reportaje sobre este insigne personaje, que, además, ejercitaba el noble arte de pensar, una práctica que cada vez está peor vista. Fue un auténtico humanista, un hombre que reflexionó sobre el comportamiento de sus semejantes, tanto a nivel individual como colectivo. Casi todo lo que decía era fruto de un ejercicio de razón aplastante. Ninguna de sus palabras eran vacías. Es por ello que resulta tan importante que se haya conocido el contenido de más de tres mil de sus cartas. En las comunicaciones que mantuvo con otros científicos, pero también con periodistas, intelectuales o políticos, se vislumbra algo más acerca de su personalidad, taciturna, severa a veces, humilde siempre, pero sabia sin excepción. Sin embargo, esas más de tres mil cartas podrían ser sólo la punta del iceberg de un auténtico legado... ¡que se ha perdido!

El responsable de su búsqueda, el biólogo Juan Antonio Fernández Santarén, cree que podrían estar en alguna o mil partes. Al parecer, fueron vendidas en los años setenta del siglo XX, sin que los organismos oficiales pertinentes hicieran nada para evitarlo. Además, y como el citado investigador cree, a partir del estudio de los escritos de Ramón y Cajal, es muy probable que las cartas más valoradas económicamente sean las que han desaparecido. Esto, por desgracia, también es Marca España...

Nos gustaría que te acercaras a los escritos más humanísticos del científico español, que, no por casualidad, fue muy crítico con la forma que tenía nuestro país de tratar a sus hijos más ilustres. Es posible que, entre unas cosas y otras, hayamos desarrollado un complejo de inferioridad que no es justo. El hecho de que nuestro país no sea el que más veces ha recibido el Nobel, no significa que no haya dado auténticos faroles de la humanidad. Si existen los helicópteros, es gracias a De La Cierva. Si existen los submarinos, es gracias a Isaac Peral. Y si se han podido salvar millones de vidas es gracias a otro español, que falleció hace muy poco y también está casi olvidado. Se trata de Manuel Jalón Corominas, que pocos días antes de morir me escribía una carta agradeciendo el tratamiento que le habíamos brindado en estas páginas cuando hablábamos de uno de sus inventos, la fregona. En esa misma carta me decía que el invento –también suyo– del que se sentía más orgulloso era la jeringuilla desechable, que había salvado millones y millones de vidas. Sin embargo, algo tan “sencillo” como eso había pasado desapercibido. Personajes como él también son Marca España, y con orgullo, pero que nos olvidemos de él, por desgracia, también es Marca España.

Feliz 2015.

Bruno Cardeñosa
Director
@HistoriaIberia

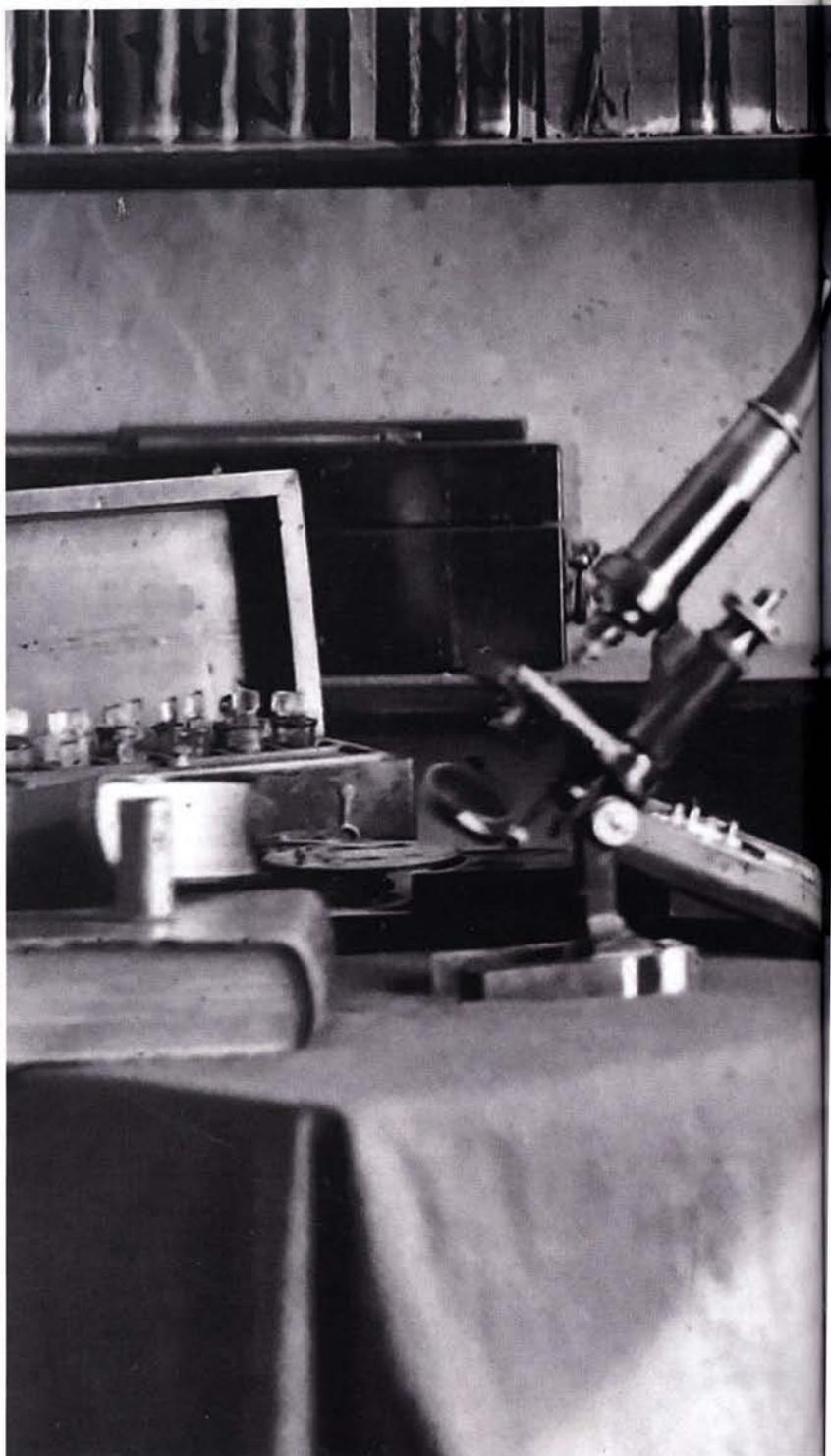


© Roberto Garver

El personaje

“La verdad es un ácido corrosivo que salpica casi siempre a quien la maneja”, decía Ramón y Cajal en uno de sus escritos. Fue uno de los científicos más sobresalientes de la historia de España, y a la vez, un humanista de gigantescas proporciones. Sobre él se levantaron todo tipo de mitos, que, como la mayoría, sólo tienen una parte de verdad. Ahora se han conocido todas sus cartas. Y ahora, más que nunca, sabemos que fue un ser especial. Mereció el Nobel. Y se lo dieron. Mereció todos los elogios. Y, al final, también se los dieron.

BRUNO CARDEÑOSA



Santiago Ramón y Cajal

La cartas de



El futuro premio Nobel en su época de estudiante de Medicina en Zaragoza (c.1876).

un genio



El científico en Valencia.

Las investigaciones que se están efectuando sobre la mente humana no se entenderían sin la figura de Santiago Ramón y Cajal, uno de los grandes genios que ha dado la humanidad. En 1906 fue reconocido con el Premio Nobel de Medicina por sus investigaciones sobre los procesos cognitivos de las células nerviosas. Él ya descubrió que en nuestra mente existían millones de pequeños “seres” individuales que formaban parte de un todo. Fue el primero en saber cómo funcionaba la esencia del ser humano. El impacto que causó su trabajo se convirtió en la base de futuros estudios. El mundo actual no sería lo que es de no ser por este cabizbajo soñador y pertinaz trabajador.

Habitualmente, decimos de él que es aragonés. Quizá haya que matizarlo, porque realmente nació en Petilla de

Aragón, una tierra que, aunque se encuentra dentro de la provincia de Zaragoza, pertenece administrativamente a Navarra. Pero decir que es aragonés no es un error. De hecho, y desde muy temprana edad, Ramón y Cajal peregrinó por diferentes localidades aragonesas, siguiendo la estela de su padre, médico cirujano, que era destinado a distintos lugares para llevar a cabo su labor. Casi toda su vida profesional y personal estuvo ligada a esa tierra.

Como estudiante, se formó en Zaragoza. Con sólo 21 años se licenció en Medicina. Su primer cargo tuvo que ver con su vocación –la medicina–, y con su obligación, el servicio militar. Aquello le condujo a Cuba, en donde los habitantes de la isla libraban batallas para hacerse con la independencia. No fue, desde luego, una experiencia que le dejara una buena huella. A su vuelta a Zaragoza, comenzó a

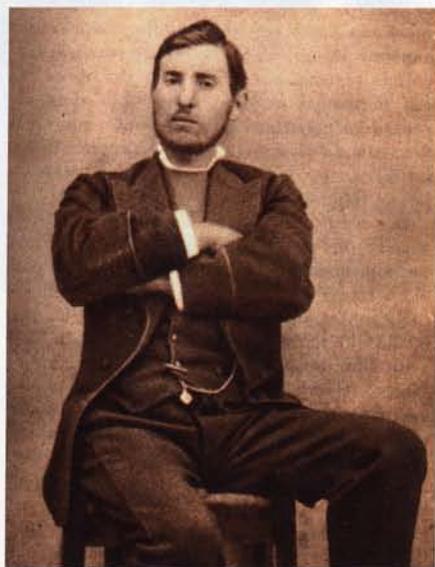
investigar, a enfermar –fue longevo, pero a lo largo de su vida hubo muchos momentos en los que su salud se resintió– y se casó.

TRABAJO Y MÁSTRABAJO

Pronto destacó como investigador. Su máxima era “trabajo y trabajo”. Logró que abriera sus puertas, tras convencer al gobierno español para que se implicara en ello, el Laboratorio de Investigaciones Biológicas. Con el cambio de siglo, llegaron los reconocimientos. Ramón y Cajal se convirtió en el sabio español por excelencia. El mundo entero reconoció a este hombre, cuya vida interior siempre fue tan lúcida como complicada. Fue una persona de grandes amigos, pero, como él mismo dijo, nadie que sea auténtico y que ame la verdad puede estar a buenas con todo. Quizá por ello fue un personaje tan reservado como afable. Sólo alguien como él podía hacer que convivieran en él ambas cualidades: “La aparente hosquedad de Don Santiago no es más que



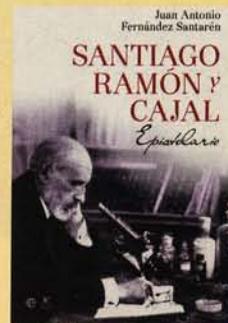
La familia de un hombre bueno.



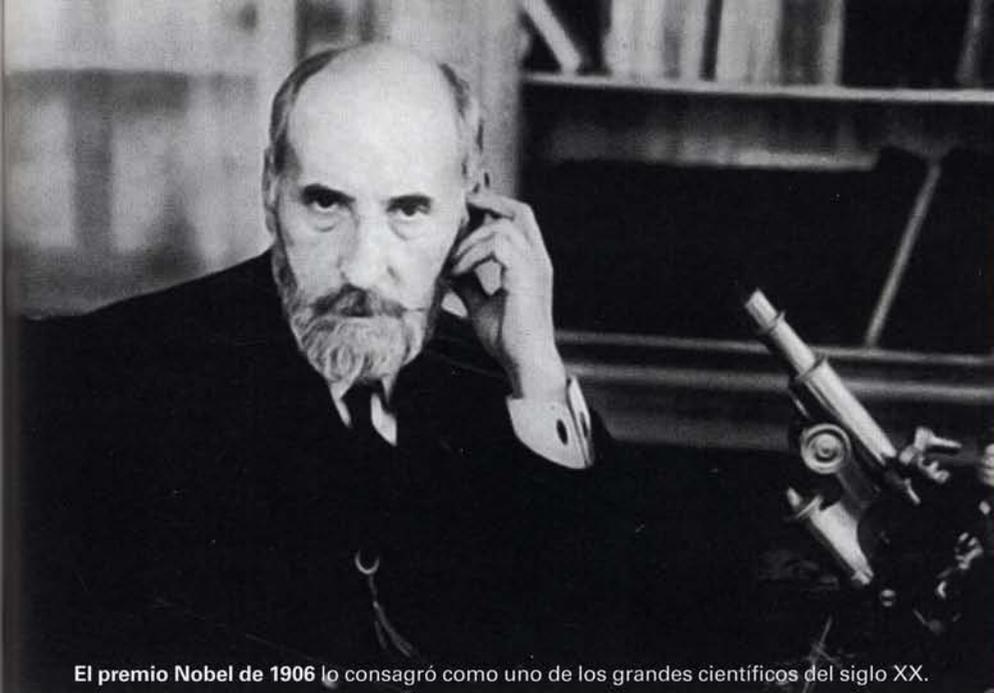
Maestro genial y alumno brillantísimo.

En estado puro

HAN VISTO LA LUZ TODAS LAS CARTAS de Santiago Ramón y Cajal. La obra de Juan Antonio Fernández Santarén es un trabajo espectacular y monumental en el que se reúnen, ordenadas y clasificadas, las cartas que recibió y contestó un personaje cuyas palabras nunca caían en saco roto. En las misivas que ahora ven la luz mantiene un intercambio científico de primer nivel con otros investigadores de la época, al tiempo que se cartea igualmente con intelectuales, políticos y... periodistas, con los que mantenía una relación cordial pero, al mismo tiempo, de precaución. Muchos de los documentos son también respuestas personales a quienes le escribían, a los que orientaba y guiaba. Nunca habíamos visto a Ramón y Cajal en estado puro. Su archivo empieza a ver la luz.



Santiago Ramón y Cajal. Epistolario
JUAN ANTONIO FERNÁNDEZ SANTARÉN
LA ESFERA DE LOS LIBROS
MADRID (2014).
1.400 PÁGS. 39.90 €.



El premio Nobel de 1906 lo consagró como uno de los grandes científicos del siglo XX.



Una pose atípica de Don Santiago en Valencia.

la reacción llena de vida interior, ante la impertinencia y tosquedad de la masa”, escribió sobre él el Dr. Teófilo Hernando.

EL GENIO INFATIGABLE

Se jubiló en 1922, pero sólo en los papeles. Nunca dejó de trabajar. Lo hizo en dos direcciones. La primera, avanzando en la búsqueda de nuevas teorías para explicar el funcionamiento de nuestras células nerviosas –décadas después, otro científico español, Severo Ochoa, también ganó el Nobel, y dijo que nada de lo que descubrió hubiera sido posible sin el trabajo de Ramón y Cajal–, sin dejar de trabajar un minuto frente al ya llamado Instituto Cajal. Y la segunda, procurando estar cerca de sus alumnos, con quienes mantuvo un trato de cercanía y colaboración que excedía de sus obligaciones. Le venció la enfermedad, pero sólo cuando ya había pasado de los ochenta años. Falleció el 17 de octubre de 1934. Sus restos reposan junto a los de su mujer en el cementerio de La Almudena en Madrid.

Casi un siglo después, han aparecido todas sus cartas, publicadas en el libro *Santiago Ramón y Cajal. Epistolario* (La esfera de los libros, 2014), una obra monumental de Juan Antonio Fernández

Nunca dejó de trabajar. Avanzó en la búsqueda de nuevas teorías y siguió cuidando de la formación de sus alumnos

Santarén, profesor de Biología Molecular de la Universidad Autónoma de Madrid, que durante décadas ha estado reuniendo su archivo personal (el epistolario de Ramón y Cajal consta de más de 3.500 cartas), en parte disperso y, en parte, protegido por sus herederos, que han mantenido durante mucho tiempo un justificado recelo, debido a que tras la muerte de Ramón y Cajal se escribieron no pocas cosas inexactas sobre él y su figura. Su hijo Luis, mucho tiempo después, escribió en 1984 lo siguiente, en la revista *El Médico*: “Se ha escrito mucho sobre la importancia de la obra científica de mi padre y sobre su persona. Me temo que, aún así, no se le conoce bien. Casi todos los libros aparecidos en estos últimos 40 o 50 años sobre mi padre no son más que precipitadas e incompletas incursiones en



El laboratorio fue su segundo hogar... o tal vez el primero.

Palabras que no caen en el olvido

“O se tienen pocas ideas y muchos amigos, o muchas ideas y pocos amigos”

“Observar sin pensar es tan peligroso como pensar sin observar”

“Como hay talentos por el estudio, hay tontos por desuso”

“El *homo sapiens* posee un cuerpo pacífico y un cerebro belicoso”

“Lo peor no es cometer un error, sino tratar de justificarlo”

“A veces nos amamos porque no nos conocemos, y otras, acaso las más, nos amamos porque nos ignoramos”

“Cosa corriente es que presuntuosos y vanidosos finjan poseer los que tienen”

“¿Tienes muchos amigos? ¿Acaso nunca conociste la justicia ni amaste la verdad?”

“Los débiles sucumben, no por débiles, sino por ignorar que lo son”

“Me reservo el derecho a pensar según mis ideas”

su biografía, deformada por los que de ella se han servido y llenas de subjetividades”.

Los “ataques” contra Ramón y Cajal acontecieron incluso en la propia sede del Instituto Cajal en 1993, con escenas tan incalificables como la protagonizada por el profesor norteamericano Marcus Jacobson, quien, delante del propio presidente del Instituto, llegó a decir: “Cajal no jugó limpio, porque se aprovechó de los trabajos y méritos de otros científicos. Fue un egoísta, un ególatra, un narcisista que trató mal a sus amigos, a su mujer, a sus hijos, y a sus colegas. No cabe la menor duda de que fue un monstruo”. Nada que ver con la verdad, que encontramos en el testimonio del profesor G. Marinisco: “Reunía en su alma una inteligencia superior y una gran bondad, rareza aún entre los hombres ilustres. Su bondad ilimitada era lo mismo con sus amigos que con sus adversarios”.

Los políticos, bajo la lupa del sabio

Uno de los hombres que más admiró Ramón y Cajal fue el Justicia de Aragón, Joaquín Costa, una de las personalidades políticas y humanísticas más importante de su tiempo. Ambos asistieron a los cambios que llegaron con el nuevo siglo XX. Y ambos mantuvieron un intenso cruce de cartas en el cual las crisis políticas, protagonizadas por aparentes servidores públicos, llevaron al país a una situación compleja. La necesidad de una amplia reforma política centró los intercambios de ideas de ambos. **Esta carta que escribió Ramón y Cajal era tan válida entonces como ahora. E incluso más ahora que antes.**

Mi querido amigo:

Correspondo a sus honrosos apremios con las siguientes observaciones sobre la cuestión del caciquismo planteada por ustedes. Uno de los rasgos peculiares de nuestra raza, notado ya hace tiempo por Humboldt, y bien analizado recientemente por Sales y Farré, consiste en la ausencia de sentido político y en la debilidad e inconstancia del patriotismo de nación. Ciertamente, en todos los pueblos el sentimiento de solidaridad mengua en intensidad con la distancia geográfica, siguiendo las leyes de la luz y del sonido; pero, en España, parece que entre la aldea y la ciudad median cientos de leguas y entre la región y la corte espacios casi interplanetarios. **A la manera de los organismos inferiores, nuestro pueblo revela vida exclusivamente vegetativa.** El sistema nervioso central, destinado a enlazar las partes con el todo, sustituyendo las relaciones locales débiles, ciegas e incongruentes del invertebrado con las manifestaciones colectivas coordinadas y potentes del mamífero, hállase en nuestro país en estado de rudimento. De ahí la debilidad defensiva del cuerpo social cuando un organismo poderoso nos ataca, y la repetición y facilidad del motín y de la agitación particularista.

Semejantes reacciones locales, propias de los grupos humanos primitivos, son anárquicas e infecundas, pero lógicas y naturales, pues vienen a ser la consecuencia de la flojedad y pereza de la inervación central y representan una especie de compensación de la debilidad de las acciones colectivas o nacionales.

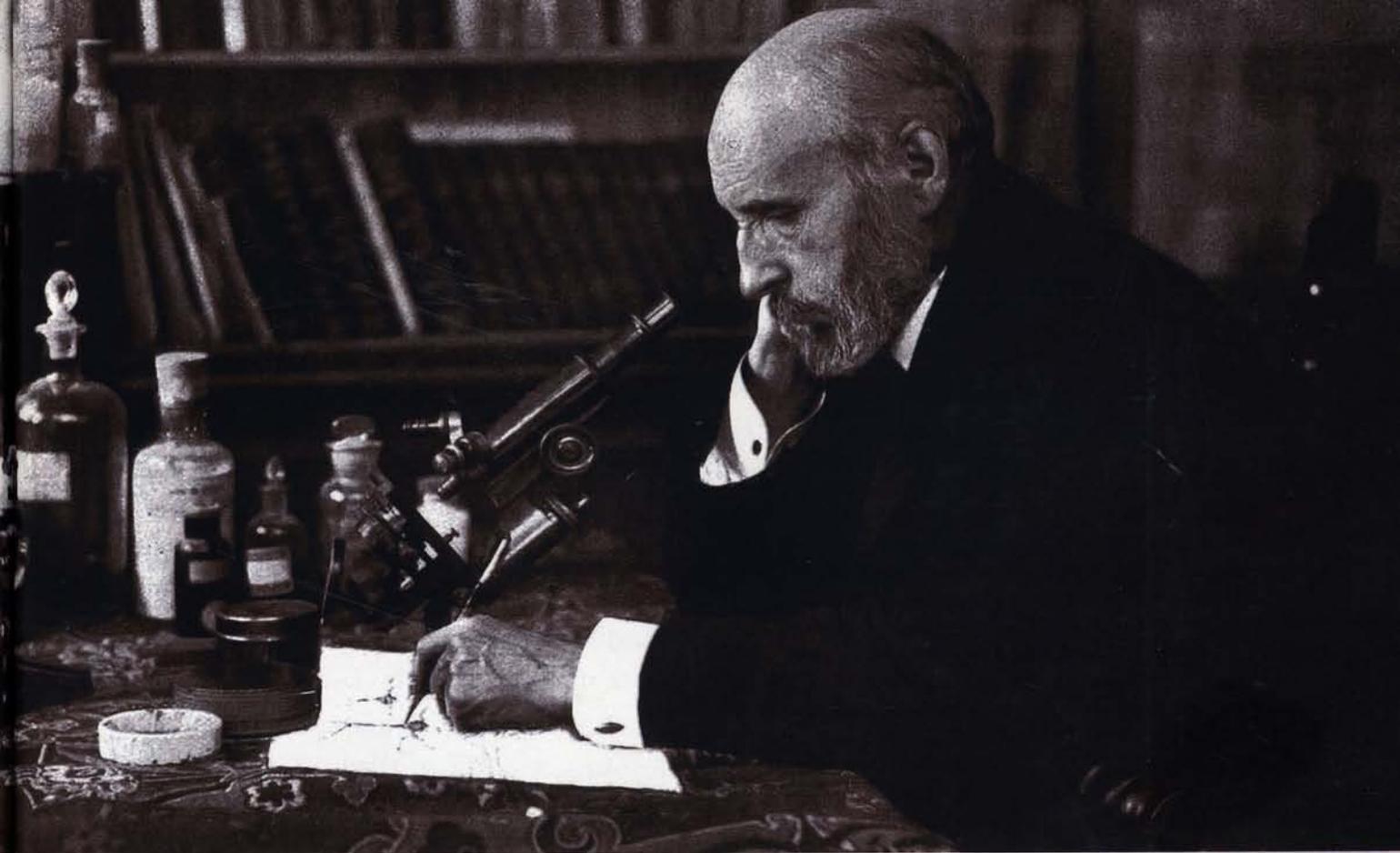
Aquí se da un caso análogo al de las naciones bárbaras sometidas de pronto al régimen de la vida civilizada. **Las ciudades, que son focos de cultura y mercado de ideas exóticas, acogen las reformas llegadas del extranjero y procuran difundirlas por el pueblo; pero este, como su ambiente intelectual no ha cambiado, se niega a admitir costumbres sociales y sistemas políticos cuya utilidad es incapaz de comprender.** Ante los requerimientos del poder central, la respuesta reviste varias formas; unas veces

toma el carácter de una reacción absolutista o particularista, otras se exterioriza por una resistencia pasiva, abandonando toda colaboración personal en la obra política y entregándose a las experiencias, no siempre inofensivas ni baratas, del Estado.

Pero las clases ilustradas que se han especializado en el conocimiento y práctica de la política no se resuelven a abandonar el flamante sistema constitucional y parlamentario copiado del extranjero; lo consideran bueno y regenerador, y tienen para ello sus razones y sus provechos, y deciden plantearlo a todo trance.

A fin de salir adelante con la empresa, necesitan instaurar en las capitales de provincia, partidos judiciales y pueblos toda una jerarquía de caciques o agentes, a cuyo cargo corra el montaje de la máquina administrativa, precursor y preparador de la farsa de los comicios. De este modo, la máquina electoral, dispuesta para funcionar con el pueblo, marcha sin él, trabajando en vacío y gastándose a sí misma, como molino sin grano. Sin base en la opinión, casi toda nuestra vida política interior es artificial y puro convencionalismo. Nuestros mejores estadistas podrían compararse a las enredaderas, que cuando no tienen en qué apoyarse y salir, luciendo la gallardía y belleza de sus flores, se enredan en sí mismas, arrastrándose mustias por la tierra. De esto, y no de ausencia de instrucción y talento, dimana el descrédito de los políticos de partido, perpetuamente empeñados en hacer marchar un tren sin viajeros a través de un país empeñado en que la carreta es el mejor y más higiénico de los vehículos.

El cacique político representa, por tanto, un órgano supletorio absolutamente necesario en la actualidad, y motivado por la exigua preparación de nuestro pueblo para la práctica del régimen representativo y por la carencia de instintos políticos en una gran parte de la clase media ilustrada. Pero lo malo no es el cacique, sino el mal cacique. Cuando los partidos políticos han investido con la codiciada jerarquía caciquil a personas probas, de arraigo, llenas de amor al terruño y de paternal compasión a la



ignorancia del campesino, ningún serio inconveniente resulta. El daño está en que, debiendo nuestros partidos políticos alternar el poder tras breve plazo de oposición, les es forzoso improvisar una opinión pública favorable, para lo cual se ven obligados a recurrir a vividores sin aprensión, capaces de manejar hábilmente – y con su cuenta y razón – la tramoya electoral. **De esta suerte ha brotado y prosperado el mal cacique, codicioso de honores y riquezas, sordo a las quejas del pueblo, monopolizador de la influencia gubernamental y cuya impudencia y osadía crecen de día en día porque, además de contar de antemano con la impunidad, sabe bien que el precio de sus buenos oficios se tasarán tanto más alto cuanto más ingenio ponga en sus ardidés electorales; es decir, cuanto más delicada y sutilmente y con menor escándalo de las oposiciones y bochorno de los Gobiernos suplante el voto popular.**

En mi sentir, aun el mal cacique (allí donde los buenos rehúsan toda acción política y toda defensa de los legítimos intereses de los pueblos) es, hoy por hoy, un órgano indispensable de la vida nacional. Él establece un principio de organización y de solidaridad en medio del antagonismo anárquico y de la indiferencia política de nuestras aldeas. Él es el único vínculo que liga el campo con la ciudad y el pueblo con el Estado.

Aspiremos, pues, no a suprimir el cacique, sino a educarlo y mejorarlo. En virtud de una selección que los primates de los partidos, en colaboración con las personas honradas ajenas a la política, podrían hacer, **hay que sustituir esos tiranuelos de chaqueta o de levita por caciques prudentes y morigerados, más ansiosos de buena fama que de lucro, instituyendo así una aristocracia de la virtud y del saber**, susceptible de conciliar el amor a la región y la piedad paternal al campesino y artesano ignorantes con el hondo sentimiento de la patria grande y el ferviente anhelo de una política barata, educadora y de altos vuelos.

La definitiva desaparición del cacique (en caso de ser realizable) será obra del tiempo y de la cultura nacional. El desarrollo

de la ciencia y de la industria, la política hidráulica tan elocuentemente defendida por usted, la mejora de los procedimientos de la agricultura y de la ganadería, fomentarán la prosperidad nacional, la cual suscitará el bienestar y la instrucción de los humildes, traerá una conciencia más clara de los deberes sociales y desarrollará el sentido político, hoy casi enteramente adormecido. **En espera del ansiado ideal, el cacique será de cada vez menos patógeno y más útil, porque no podrá ejercitar impunemente sus malas artes, fiscalizado por ciudadanos progresivamente más despiertos y conocedores de sus intereses y derechos; y, en fin, cuando la cultura popular llegue a su plena florescencia, el mal cacique se eclipsará**, como se eclipsan en la serie zoológica los órganos atróficos una vez establecidos mecanismos de acomodación y defensa a las condiciones del ambiente.

Mientras el país se prepara a recobrar su plena soberanía, licenciando a sus interesados tutores, los Gobiernos y las clases directoras y burguesas tienen grandes deberes que cumplir, más urgentes aún que combatir el caciquismo. No olvidemos que una nación puede ser próspera y colaborar brillantemente en la obra de la civilización aunque el pueblo se mantenga en la ignorancia y en la indiferencia; pero solo con la condición de que las clases directoras e intelectuales compensen el desnivel que las separa de las bajas clases sociales, elevándose a impulso de una cultura supraindustrial y de un ardoroso y prudente patriotismo, y haciendo en todas las esferas del organismo nacional labor honda, viva, fecunda y renovadora. Porque en sociología, como en mecánica, la velocidad suple a veces a la masa. Ya que no es dable borrar de repente el desnivel mental, aumentémoslo más, pero a costa nuestra, aprendiendo, pensando y dirigiendo por los que no quieren o no pueden aprender, pensar y dirigir.

S. Ramón y Cajal